

E1 Motin

AÑO XXVIII

Jueves 3 de Diciembre de 1908.

Núm. 10

SEMANARIO POLÍTICO

Se publica los Jueves

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: 1,50 ptas. trimestre; Año 5.—PROVINCIA: 1,50 trimestre; Año 6.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO: Año, 10
PAGO ADELANTADO

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS
Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas

Redacción y Administración: Alberto Aguilera, 34

CARTA DE UN IMPÍO

A LOS CLERIGOS ESPAÑOLES

El último párrafo de la dedicatoria que de su libro *Las zahurdas de Plutón* hizo Quedado al conde de Lemos, es este:

«V. E. con curiosa atención mire esto, y no mire a quien lo dijo; que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua cristalino.»

Y no he encontrado nada más a propósito que ese párrafo para comenzar esta carta que dirijo a los clérigos de España.

Yo, como ellos saben, soy un hombre sin religión ninguna, que combate constantemente la católica, no por considerarla mejor ni peor que otras, sino por ser la que predomina en España, matando todo ideal progresivo. Y hago esta mi presentación en la forma que más puede perjudicarme, a fin de que los señores a quienes dirijo esta carta no puedan sospechar siquiera que trato de predisponerlos en favor mío para proponerles algo que me conviene, cuando precisamente trato de lo contrario: de hablarles de algo que les conviene mucho a ellos: la expulsión de las Ordenes religiosas.

Sí, voy a emprender esa campaña, beneficiosa para España entera, especialmente para el clero secular. Claro que yo no la hago con la mira de favorecerle: mentiría si tal dijera; mas como resultará favorecido el día que la expulsión se verifique, le advierto que cometería una gran tontería tomando ahora a pechos lo de la expulsión, cual si se tratase de algo que le concerniera ó perjudicara. Nada tan distante de los verdaderos intereses del clero y de la religión misma, como el predominio de la frailejería.

La misión del fraile, lo mismo hoy que en los pasados tiempos, parece no haber sido otra que la de anular al clero secular, arrebatándole influencia, autoridad, medios de vida, presentándose él ante los fieles como el verdadero depositario de la doctrina de Cristo. Las misiones que frecuentemente celebran sólo tienen este objeto, aparte del de sacar dinero, que es el primer mandamiento de su ley: exacerbar el fanatismo, para que las ovejas del rebaño deduzcan que sus pastores no saben velar por la fe ni combatir la impiedad, y que por eso ellos, los frailes, tienen que ir de pueblo en pueblo a suplir con su fervor y su sabiduría la tibieza y la ignorancia de los curas. Y como los actos que realizan para lograr su objeto son entretenedores y aparatosos, y su lenguaje vulgar y descomulgado, los fieles se dejan arrastrar fácilmente por ellos; y como a ellos les importa poco que en el pueblo nadie se entienda luego, dejan siempre sembrada una semilla que los curas recogen en cosecha de desavenencias, intolerancias y rencillas, quitándose esto prestigio y autoridad.

Sobre esto, que no es poco, viene el consabido perjuicio material: los misioneros se llevan la mayor parte del peculio que los fieles pueden destinar para la religión, y el párroco se queda sin ese recurso.

Pensarán acaso los curas que me inspiro al hablarles de esta suerte en la máxima *divide y vencerás*, y que si consiguiera la expulsión de los frailes pediría inmediatamente la suya. Nota de necio merecería yo si tal propósito abrigara, sabiendo que las religiones todas duran centenares de años después de haber muerto en las conciencias, y que, desgraciadamente, la católica tiene todavía en España cierta fuerza y vigor, basados, si no en la fe, en la costumbre. No; yo pido la expulsión de los frailes, porque ellos son los que realmente simbolizan el *clericalismo*, los que nos saquean y arruinan, perverten la juventud, influyen en la gobernación del Estado, fomentan la inmoralidad, perjudican a los productores y explotan la desgracia y el vicio; los que echan sobre Es-

paña la nota degradante de atrasada, fanática é irredimible. Y no pido ni pediré la de los curas, porque, sobre no ser tan perjudiciales, nada conseguiría.

Si en mi mano estuviera, ni frailes ni curas habría en España; pero como no lo está, y hay gentes que creen necesaria la religión, y otras a quienes les conviene aparentarlo, forzoso es transigir con ese mal, que no podrá extirparse en mucho tiempo. Y como en el mal hay gradaciones, opto por el menor, que es sin disputa el clero secular.

Hay algo en que no se han fijado los curas. Si antes de venir los frailes se veían también combatidos, más era por haber promovido y cooperado a la guerra civil, que por la representación religiosa que ostentaban. Vinieron los frailes, comenzaron a poner en práctica sus insidiosos procedimientos para intervenir en todo, dominarlo todo y quedarse con todo; conforme avanzaban prescindiendo de todo recato; y cuando creyeron ya que podían parodiarse lo de *El Estado soy yo*, se quitaron del todo la careta. Esto, como era lógico, despertó a los dormidos, avisó a los descuidados, advirtió a los prudentes, indignó a los apasionados, y la palabra *clericalismo* surgió, posándose en todos los labios; y hoy esa palabra, que, bien aplicada, sólo debería caer sobre los frailes, envuelve también a los curas; y pudiera ocurrir, si la miseria exasperase del todo al pueblo y un día se decidiera a imitar procedimientos de violencia, que se olvidase del respeto que sus abuelos guardaron a los curas en aquella hora en que la indignación se puso al servicio de la justicia. Estas consideraciones, aparte de las del interés propio, dignidad de la clase y provecho de la religión misma, deberían apartar a los curas de toda alianza con los frailes en el asunto de la expulsión. Corran la borrasca los que soltaron los vientos, y cada palo aguante su vela.

Tampoco se han fijado en esto: Antes de la revolución, frailes y monjas eran los que despertaban la ira ó provocaban la burla de los españoles; el P. Cirilo, el P. Calasanz, el P. Cumplido, la monja de las llagas, y el mismo P. Claret, que si no fué fraile, los adoraba, los servía y hasta fundó una Orden... Ellos eran los que formaban camarillas palaciegas que derribaban gobiernos, los que resucitaban rancias y ridículas prácticas religiosas, los que empujaban a la reina Isabel a una reacción que obligó al pueblo y al ejército a unirse para atajarla...

Hoy, ellos, los frailes, son también los que se inmiscuyen en todo, los que inspiran y preparan la aprobación de leyes que nos colocan fuera del concierto de las naciones civilizadas, los que quieren arrancarnos con la última peseta los últimos jirones de virilidad. Y es que nada les importa de España a los que ignoran el significado de la palabra patria, a los extranjeros en todos los países.

¿Que hay también frailes españoles? No, lo serían antes de profesar; después son frailes únicamente; es decir, súbditos de la Roma papal, sin otra familia que su Orden ni otros lazos morales que los de su regla; quien dice fraile dice extranjero en todas las naciones. Y se comprende que así sea, como que el cura pertenece al país que le vio nacer; aquél vive en comunidad, éste en familia; el fraile es ajeno a la parte de sociedad que no explota, el cura tiene forzosamente que hacer vida común con los feligreses; el uno cuenta para todo con su Orden, el otro sólo consigo mismo, pues los prelados, más que jefes y defensores del cura, parecen ser sus tiranos y sus enemigos; además, las calamidades que sufre un país llegan al cura; el fraile permanece indiferente ante todas las catástrofes, pues que no le alcanzan. Por eso en el Concilio de Trento, donde hubo quien propuso la supresión del monaquismo, sirvió de argumento para conservarlo, según Paravicini, el que los frailes, no teniendo ni patria ni familia, eran la mejor milicia del papado, extranjero en todas partes. He aquí explicada esa irritante predilección del Vaticano por los frailes, ese prurito por convertir la Iglesia en convento, y ese desprecio injusto, y hasta herético, hacia el clero secular. Y al decir esto no trato, ni mucho menos, de adularlo.

Nuestros curas viven realmente apartados del cumplimiento de sus deberes evangélicos; la humildad, la mansedumbre, la tolerancia no hallan en sus pechos albergue ni siquiera cariñosa acogida; la codicia los tien-

ta, y la ira los ciega. Con todo, si alguna vez se ve a la cabecera de un moribundo un traje talar, nunca es de fraile; las molestias de la cura de almas, para el clérigo son; todo lo penoso, oscuro y miserable del sacerdocio sobre sus hombros gravita; todo lo cómodo, brillante y productivo es para el fraile.

Porque no le hace únicamente el fraile competencia moral y religiosa al cura; se la hace material también; él rebaja el precio de las misas, inventa Panes de San Antonio y otras socaliñas, Corazones de Jesús y de María, medallas y escapularios milagrosos; crea Asociaciones productivas; hace, en fin, cuanto puede para que todo el dinero de los creyentes vaya a parar a sus manos.

Muchas veces, al pasar frente a uno de esos edificios soberbios que la frailejería levanta con el producto de las captaciones que realiza ó de los negocios que emprende a la sombra del privilegio, pienso en que todo ese dinero extraído a la idiotez ó la vanidad, parece gritar a los parias de la Iglesia, los clérigos sin cargo ni beneficio: «¡Imbéciles! Aprended a vivir. El pastoreo de las ovejas flacas apenas si produce pan negro y duro. Las siete vacas gordas de los tiempos de Faraón siguen representando la abundancia. Los pobres a quienes vosotros bautizáis, les sirven a los frailes para explotar a los ricos.»

Porque sí; los curas españoles han venido a ser, por causa de los acomodamientos y cobardías de los obispos, unos verdaderos parias; no encuentran ni apoyo cuando se quejan ni justicia cuando reclaman; por esto cada cual se encierra en su feligresía, mete en el cofre de la indiferencia el manto de la fe, sin inquietarse mucho de si se le apolilla, y se envuelve en los guñapos del egoísmo. ¿Para qué procurar que se conserve intacto el manto, si ha de servir únicamente para que el fraile se disfraze con él, y desvirtúe y mixtifique en provecho propio la doctrina de Cristo?

A tal extremo ha llegado el predominio del fraile, que él es el verdadero sacerdote del sacerdocio. Este tiene que hacer los ejercicios espirituales dirigido por aquél en un convento, y confesarse con él. El fraile le predica como si se dirigiera a viejas devotas, lo humilla, lo anonada, haciéndole sentir su autoridad, sin exceptuar a los obispos; y si delinque, el fraile será su carcelero ó su verdugo, después de haber sido su delator, su difamador, y de haberle arrebatado el pan de la boca... ¡Y si todo esto ocurriese porque el fraile fuera superior en algo al cura! Pero, no; ocurre lo contrario. Ni como sacerdote, ni como instruido en las cosas que a la religión atañen, vale el fraile ni la décima parte que el clérigo menos apto. Y en cuanto a virtudes, las del fraile son todas de relumbrón; harto le consta al clero.

Pudiera escribirse un libro sobre este tema, mas con lo dicho basta para que los curas se penetren de la idea que llevo al dirigirlas esta carta, y que se reduce a hacerles comprender cuánto les conviene no apasionarse por los frailes en la campaña que voy a emprender pidiendo la expulsión de las Ordenes religiosas, expulsión que pido, más por consideraciones de dignidad y de orden económico, que por odio sectario ni fines políticos.

Sí, dejen los curas defenderse a los frailes; que a buen seguro que les ayudaran ellos en trance apurado, si de su ruina dependiera el bienestar de las Ordenes religiosas. ¿Que no es de ellos, sino de la religión, de lo que se trata? Afirmación triste sería esa para los curas si la hicieran, y deshonrosa si se comprobaba. Si la religión necesita en España que los frailes la enseñen, la prediquen y la defiendan, ¿para qué sirven los curas? Y no sirviendo, ¿para qué pagarles del presupuesto?

No siempre debe seguirse el antiguo refrán, «del enemigo el consejo»; pero, en el caso presente, cometerían los curas una gran torpeza no siguiendo el del enemigo franco y desinteresado como yo, para seguir el que les diera el enemigo más antiguo y encarnizado que tienen: el fraile. El fraile vivió en todos los siglos y en todas partes a costa del prestigio, el bienestar y el sosiego del clero secular; todavía en los conventos se tiene por una especie de evangelio aquella antigua afirmación sacrilega: *Clericus, inimicus noster*.

De usted atento s. s. q. b. s. m.,

JOSÉ NAKENS

Palet de Rubí

«Alto, amojamado, anguloso, sobrio de gestos y palabras, fiel a sus ideas, firme en sus amistades, orgulloso de su nombre, amante de su pueblo, servicial de cuantos le hicieron un favor, activo é incansable en sus tareas y pronto a ser el primero en luchar si luchar era preciso; tal el viejo federal que ha muerto en Barcelona; bienquisto entre los poderosos, querido y estimado en las clases populares, que veían en él un ejemplo que imitar en lealtad, consecuencia y valentía.»

PALET DE RUBÍ, como el XICH DE LAS BARRAQUETAS, fué uno de aquellos luchadores federalistas que por la República lucharon, intentando sostenerla cuando ya en Madrid había oído anulada.

Peleó bizarramente en la acción de Sarría el 11 de Enero de 1874, y todos los años acudía el primero a depositar una corona sobre la tumba de sus camaradas.

Era el postrer guerrillero republicano de Cataluña, y su muerte ha sido justamente sentida.»

He preferido copiar eso que dice un periódico monárquico, *El Globo*, haciéndolo mío, a dedicarle a Palet unas cuantas frases de mi cosecha, que pudieran parecer obligadas. Del hombre que al morir dicen eso sus enemigos políticos, ¿qué pueden decir los amigos? Que se enorgullecen de haberlo tenido por correligionario.

Siempre que muere un hombre del corte de Palet, quedo entre admirado y confuso: «¿Cómo! me digo; ¿es posible que existan hombres de estos todavía?» Y experimento la sensación que deja todo lo grande que se va.

Y es que la continua contemplación de las pequeñeces, miserias, debilidades y cobardías presentes, me finjen más lejanos de lo que realmente están ya los tiempos aquellos en que los hombres como Palet abundaban.

Levantemos el espíritu republicano para que vuelvan a surgir, y habremos hecho más por la salvación y la dignidad de España que formando solidaridades con los carlistas y preparando bloques con los monárquicos.

LA EXPULSIÓN

Como se ha visto por la carta anterior, voy a emprender una campaña pidiendo la expulsión de las Ordenes religiosas.

Esto es lo que hay que pedir para ellas; no el que sean sometidas al derecho común.

¿Quieren los liberales demostrarnos que realmente son anticlericales? Pídanla y tendrán desde luego a su lado a toda la opinión republicana.

Comprendo que, aspirando al poder, hagan la excepción (que yo no hago), en favor de las tres concordadas. Pero las demás, ¡todas fuera, todas fuera!

Someterlas al derecho común es legalizar del todo su existencia, darles lo que hoy no tienen.

Si no se atreven, porque al fin muchos se las echan de católicos, a pedir su expulsión por motivos religiosos ni políticos, que la pidan por motivos económicos y de dignidad nacional. El que trabaja hoy por arrojar a los frailes, facilita la solución del problema de la vida para las clases trabajadoras, ayuda al comercio, favorece la industria.

Lancen esa nota y la coreará toda la opinión sana y honrada de España, por ser la nota más simpática, más justa, y más liberal de cuantas pueden lanzarse hoy.

EXPLICACIÓN

El Sr. Moret, al pedir que los partidos radicales le ayuden a subir al poder, ¿qué mira se lleva? Salvar la monarquía, que puede estar un día en peligro por los excesos reaccionarios a que los conservadores se han entregado; restablecer el equilibrio constitucional. ¿Y vamos los republicanos a caer en lazo tan burdo?

Que yo debería, por ser anticlerical permanente, ayudar a todos los que contra el anticlericalismo fueran. ¿Y quién dice que no lo hago, como lo hice siempre? Ni aun

en los momentos de lucha política más encarnizada me olvidé del primero de los deberes de todo liberal español: combatir al clericalismo.

¿Pero quiere decir esto que deba yo ponerme ahora a disposición de un partido de la monarquía para que, en nombre de una libertad que él me cercenó cuando le convino, y a pretexto de combatir un enemigo a cuya fuerza y poderío contribuyó, le ayude a devolverme lo que me robó él?

¡Ah! Esto no. Aun teniendo la seguridad, que no la tengo, de que los liberales hicieron las reformas que ofrecen—reformas que para nada servirían si se dejaba a las Ordenes religiosas en completa libertad de acción, con el confesonario y el púlpito como medios de propaganda y el temor al infierno como base de ingresos,—yo no cometería la torpeza de contribuir a una agitación ficticia y pasajera que pudiese llevarlos al gobierno, si antes ellos no nos garantizaban públicamente esto: volverse contra la monarquía si no los dejaba después en libertad de implantar la democracia en toda su extensión.

Hasta ahora, ellos son los que llevan todas las de ganar, y ninguna de las de perder. ¿Los llaman a gobernar? Colman sus deseos. ¿No los llaman? Siguen disfrutando todos los fueros y preeminencias que tiene en España el que es monárquico.

Nosotros, en cambio, nos quedaríamos como estamos. No, peor; porque nos expondríamos a que un día, cansada la opinión de tantas mentiras y tantas mixtificaciones, nos midiese a todos por el mismo rasero y desapareciese la poca fe que le va quedando. Por todas estas razones, no juego.

Argumento

Vamos a suponer que los liberales suben al poder y realizan entero el programa cuya orientación han dado en el discurso de Zaragoza. ¿Qué habremos conseguido para resolver la cuestión del clericalismo? Nada.

La cuestión, como ya he dicho, es económica, más que religiosa y política; por esto, aunque los españoles podamos nacer, casarnos y morirnos sin que la Iglesia intervenga en la manera de venir al mundo, vivir y marcharnos, los males económicos que hoy sufrimos con la estancia de los frailes no disminuirán.

¿No tenía Francia todo eso que ahora se nos quiere dar, si nos lo ganamos por nuestros propios puños? ¿No inscribían los ciudadanos en el Registro civil el nacimiento, el casamiento y el enterramiento? ¿No podían tener religión o no tenerla? ¿No estaban abiertos los cargos públicos para todos, figuraran en ésta o aquella comunión? ¿No tenían además la costumbre de realizar actos civiles?

Y, sin embargo, ya lo hemos visto; no han tenido más remedio que expulsar a las Ordenes religiosas para poder vivir; para que las riquezas, burlando las leyes, no fuesen a parar a sus manos; para que no corrompieran los cuerpos de los niños con sus impudicias y los espíritus con sus enseñanzas; para conservar la forma de gobierno que la nación ha querido darse; para no perder el tiempo, que necesitan emplear en su engrandecimiento, en deshacer cábalas, intrigas y conspiraciones fraguadas en los conventos.

Que en España no ocurre eso, por que los frailes marchan de perfecta conformidad con la monarquía, que les da cuanto piden. Ciertamente; pero el día en que no pueda dárles más, prepararán la venida de D. Carlos, para acabar de chuparle los tuétanos a esta nación desventurada. Absolutista era Fernando VII, y contra él se alzaron en cuanto supusieron que con su hermano Carlos podían tener más ventajas.

Pensemos en esto los que somos liberales de veras, y sea este nuestro grito de guerra desde hoy: «¡Fuera los frailes!»

El registro civil

¿Pero qué cariño más estrepitoso les ha entrado a última hora a los liberales y a ciertos republicanos por el Registro civil, que, en suma, tenemos consignado en las leyes!

Se pondrán hoy trabas a los que quieren utilizar ese derecho, se les molestará, se les vejará por el clericalismo, pero el ciudadano que se empeña en realizar actos civiles, se sale al fin con la suya. ¿Abusos? ¿Atropellos? Infinitos, y que deberían ser rigurosamente castigados; mas no por esto dejará de ser un hecho que el Registro civil existe.

Y pregunto ahora a esos republicanos y esos liberales:

Cuando la prensa anticlerical ha denunciado esos atropellos y esos abusos ¿qué han hecho ustedes? ¿Han tronado contra ellos en las Cortes? ¿Han pedido que se castigue a sus autores? ¿Han celebrado mítins de protesta?

Y cuando han ocurrido estando en el poder los liberales ¿qué medidas han adoptado? ¿A cuántos clérigos han enviado a presidio por barrenar la Constitución, por burlarse de las leyes, por infringir los reglamentos?

No tenían más para ello que haber dicho, «cúmplase la ley», y no lo hicieron.

¿Y quieren ahora hacernos creer que se interesan por esa conquista democrática!

Motivos tienen para suponer que somos tontos. ¡Pero no tanto, no tanto!..

DICHOS Y HECHOS

Mientras los llamados a gobernar liberalmente truenen contra el clericalismo y lleven sus hijos a los colegios clericales.

Mientras vayan al mitin al acabar de oír misa, ó a la novena desde la manifestación. Mientras consientan que sus mujeres y sus hijas se postren a los pies del fraile, del que ellos dicen pestes en público.

Mientras consientan que los jueces sean detenidos a las puertas de los conventos cuando repertuce en la calle un hecho punible de los muchos que en ellos se cometen.

Mientras persigan y encarcelen al escritor que ataca un punto del dogma católico.

Mientras toleren que se maltrate y se multe al que no se descubre al paso de una procesión.

Mientras pongan trabas al establecimiento de escuelas laicas.

Mientras besen anillos de obispos.

Mientras no impidan que los centros docentes y las Academias se llenen de clericales.

Y mientras no eviten que en España todo huela a cera, incienso, osario y cloaca...

Me permitirán suponer que todo el clericalismo de que hoy alardean es sólo un arma política de momento, no una convicción firme, ni siquiera una idea que resurge potente, ni mucho menos un remordimiento que despierta.

Y siendo así, y creyendo yo que de este río revuelto sólo van a sacar ganancia las Ordenes religiosas, me privo de la satisfacción que tendría en ayudarles en esa que, por llamarla de algún modo, llaman campaña anticlerical.

Causa esencial

Cada hectárea de tierra produce en Bélgica, Inglaterra, Holanda y Francia unos 22 hectolitros de trigo (término medio del conjunto de naciones); en España 10.

Por cada kilómetro cuadrado crían Holanda, Dinamarca, Austria y Francia 6.102 kilogramos de carne; España 1.460.

Y, sin embargo, un obrero del campo español gana 1,70 pesetas plata, uno francés 2,60 pesetas oro, y uno inglés 4, también oro.

Esto explica nuestra miseria; esto dice por qué el pan cuesta en Madrid 42 céntimos y 33 (término medio) en Londres, Bruselas, París y Amsterdam. Esto dice también cuál es la causa de que el kilogramo de carne cueste en Madrid 2,17 (el conjunto de las tres clases) y sólo 1,45 (término medio) en Amsterdam, Copenhague, París y Viena.

Se dirá: «Pero este es mal inevitable, sin remedio, fatal.» No tanto. En 1891 la producción por hectárea en España no excedía de 7 hectolitros, y las cosechas de los últimos doce años nos dicen que se ha elevado a 10.

Para que la producción no siga en aumento no hay más que una razón seria: la rutina, el abandono, la negligencia, la ignorancia, en suma.

Y hay también un motivo: el arancel—aunque éste no beneficia a los labradores, sino a los acaparadores ingertos en usureros.—Mientras el trigo pague 8 pesetas por quintal métrico y la carne 14 fresca, y 50 salada, ni ganaderos ni labradores se verán forzados por la necesidad a acrecentar la productividad del suelo, y el resto de los españoles pagaremos males de los cuales no tenemos otra culpa que nuestra inverosímil resignación.

J. J. MORATO

Los confesores de monjas

Yo he alcanzado los buenos tiempos de la vida monjil española. Verdad es que habían perdido las comunidades de mujeres no despreciable parte de sus bienes; en cambio no había frailes ni jesuitas, los grandes vampiros del dinero religioso; los conventos de monjas eran pocos en Madrid, por entonces, sólo veinticuatro; tampoco existían otras beatas callejeras que las hermanas de la caridad. Ese alud de monaquismo exótico no había ni soñado el invasor: tan imposible lo juzgaba. Faltando la competencia, porque el clero secular no sabe hacerse a nadie, toda la veneración tonta y el prestigio de la fiñeñe católica y todo su

dinero iban a parar a las casas de religiosas.

Los frailes que restaban de la exclaustración vivían como clérigos seculares, cada uno en su casa con el ama correspondiente, una por lo menos, y se las buscaban como podían, prefiriendo siempre los puestos de capellán de monjas de su Orden ó de otra; no pocos servían en casas de títulos al atib de una prebenda; todos eran confesores y visitas de los conventos femeniles, a cuyas funciones, seguidas de refrescos y jolgorios, cuando no de verdaderas comilonas, asistían como al recreo más deleitoso de su vida clerico-monacal.

Aunque sometidos al obispo de la respectiva diócesis, por una especie de nostálgico sport aún jugaban a las Ordenes monásticas, y tenían, reconocidos por ellos, sus padres generales, provinciales, secretarios y otros cargos de puro nombre, sin jurisdicción real, sino voluntaria, que ejercían sobre las monjas sólo en cuanto los obispos se lo toleraban, porque se eximían así de bastantes cuidados, y en último extremo, a cualquiera hora el mitrado echaba por tierra con una palabra todo lo hecho por el prelado monástico de facha.

Así, frailes clericalizados y monjas formaban una especie de mundo aparte, pues era una necesidad en ellos sumarse lo menos posible a la Iglesia que los mantenía, y en ese mundo se respetaba a los padres graves como si de derecho lo fueren; se intrigaba, se celebraban reuniones y se alimentaba el espíritu de cuerpo siempre en derredor de los conventos de monjas, focos de aquel inocente, casi impalpable sistema, detritus, sombra y caricatura de un mundo que pasó destruido por la revolución.

Un detalle curioso. Tanto habían tomado aquellos frailes el gusto a la libertad, que aun conservando gran adoración al conventualismo, carlistas muchos de ellos, enemigos todos del clero secular, reaccionarios, espíritus estrechos, atávicos y herrumbrosos, ninguno quería ni que le hablaran de la restauración de las Ordenes religiosas. ¿Volver a encerrarse en un claustro? ¡Ni pensarlo. Abiertos tuvieron desde el principio de la exclaustración todos los conventos del extranjero, y solamente unos cuarenta y tantos frailes, entre los miles y miles de los españoles, se expatriaron; de éstos, cerca de la mitad a España se volvieron. ¿No dice esto más que diez tomos sobre el amor del religioso a la vida monacal?

Las monjas eran las vestales que conservaban el fuego sagrado del monaquismo, y cuyo sueño dorado ¡simpsonas! era el restablecimiento de las comunidades de hombres, la inquisición y el absolutismo.

Los exclaustrados constituían, pues, el cuerpo ó banda volante de confesores de monjas; pero ¡ay! no eran bastantes en número, y ya por esta insuficiencia, ya por la ineludible fuerza del clero secular, clérigos seculares alternaban con los frailes en ese ministerio de penitencia; y, vamos, no se llevaban del todo mal, no; se toleraban, se favorecían, si llegaba el caso; tal vez el ser escogido para confesor por una monja equivalía a una especie de consagración que afraillaba un tanto al clérigo predilecto.

He vivido en el mundo aquél; he sido ayuda de sacristán en un convento de mujeres, luego sacristán en propiedad en otro, donde convivían la friolera de tres comunidades de órdenes distintas. Allí he visto mucho y he aprendido bastante en los últimos años de aquel período pacífico de una iglesia sin frailes aún no invadida por comunidades extranjeras ni dominada por el espíritu jesuita.

Aquello era una Arcadia; no me dejarán mentir los poquitos exclaustrados que aún quedan, ni los clérigos ó seglares, que, como yo, la vieron muy de cerca.

Era cada convento de monjas como un centro de atracción de muchos frailes y algunos curas; fraile el capellán, en las ciudades sobre todo, siempre que era ello posible, y si clérigo, monjero ó hasta la médula. Cada monja elegía al confesor que le daba la gana, exclaustrado ó secular, que rara vez confesaba sólo a ella; generalmente, como he dicho ya, tenía otras dos ó tres en varios conventos y de unos en otros llevaba y traía referencias, vulgo chismes ó cuentos, a su monja, quien después los refería a las compañeras. Funcionaba de este modo, fuera y dentro del confesonario, un correo continuo, comunicación y vínculo entre los diversos serrallos místicos y por todo aquel cosmos en miniatura. Allí todo se sabía. El sotana monjero, sea cura ó exclaustrado, se afeminaba lo indecible; se hace gandul, zonzó, refractario al estudio y al saber, rutinario, minucioso, muy susceptible, majadero y tan parlanchín y chismoso que se deja atrás a las monjas mismas. El locutorio es realmente un desolladero, ó sala de disección; el confesonario otro tanto. Se conocen todos; saben quiénes son los devotos de cada monja ó convento, unos de otros murmuran entre bocado y trago en las eucupandas de locutorio, donde los dientes mascan el dulce de monja y las lenguas písimas destrozan la carne del prójimo. De religión ó de mística ni palabra; el discreto, ya fino, ya gárrulo y soso, versa regularmente sobre lo humano.

¿Qué tiempos aquellos y qué tipos de fraile ó de cura faldero, como les llamaban los serios, que eran ó párrocos ó canónigos, coadjutores, catedráticos de seminario, sacerdotes poco dados a andar de torno en locutorio y de convento en casa de mujer devota!

¿Y qué? Aquellos fraillones y clerizontes confesores, amigos, visitas, agentes, enamo-

rados y hasta esclavos de las madres, vivían así tan felices como sus adoradas palomitas; inútiles y pequeños todos, pero poco ofensivos en verdad.

Así continuaban en los primeros años de la restauración, cuando León XIII alzó la voz y dijo: ¡Ehl, caballeros, digo mamarrachos, se acabó la confesión libre en los conventos de monjas; a cada comunidad se le señalará por el obispo ó prelado correspondiente un solo confesor ordinario para todas las individuos, y de vez en cuando otro extraordinario por unos pocos días.

Ni el célebre y tremendo *Quos ego* de Nepotuno esparció terror y trastorno semejante; la Arcadia se trocó en yermo de la Tebaida. ¡Oh tiranía! Todo fiel cristiano puede confesarse con el sacerdote que quiera, menos las odaliscas de Cristo... y a callar se ha dicho; los fraillones no volvían de su asombro.

¿Qué había pasado? Nada; era que se eclipsaba en la Iglesia la poca libertad que aún quedó en su cielo, éste se entenebrecía rápidamente, y el jesuita empezaba a llenarlo todo, como veremos otro día.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Reforma necesaria

He leído en la prensa esta noticia:

«El día 16 de Abril fué detenido y conducido a la Cárcel Modelo un obrero llamado Alfredo García Garcés, acusado del robo de 14 pesetas, en la calle del Ave María, a otro sujeto.

Después de siete meses y once días de cárcel, fué puesto ayer en libertad por no resultar cargo alguno contra él, sino por el contrario, que se trata de un honrado obrero, quien persiguió a un individuo apodado *El Albañil*, que intentó robar en un establecimiento.»

Esa noticia tan sencilla me ha producido un efecto penoso.

¡Siete meses y once días encerrado en una celda siendo inocente! ¡Verse confundido con ladrones siendo honrado! El Dante no inventó suplicio más terrible.

De esto deberían ocuparse nuestros diputados, de que se implantara el tribunal de policía correccional en España y de que se llegara a la responsabilidad judicial, y no de las chinchorrerías en que comunmente se ocupan.

Mientras no se consiga esto, ya pueden hacer los unos solidaridades, los otros bloques; la primera necesidad de todo pueblo es llegar a la perfección posible en la administración de justicia; y mientras no la satisfaga, todo lo demás, aun lo bueno, importará bien poco.

Lo del domingo

Al ver a los obreros de Madrid desfilar alegres y orgullosos con cuarenta y cinco banderas por las calles de Relatores, Atocha, Puerta del Sol, Alcalá y Barquillo hasta entrar en la del Piamonte, donde tienen la *Casa del Pueblo*, sentí una satisfacción muy viva, y pensé en dos cosas.

En la eficacia de la idea, que ha instalado a los obreros en la antigua casa señorial de los duques de Béjar.

Y en los millares de hombres que murieron el pasado siglo para que haya sido posible celebrar hoy esa manifestación tan grandiosa, aun bajo el gobierno más conservador de la monarquía.

Y luego, pensé con desprecio en los que niegan la eficacia de la idea, y en los que se mofan de los que se sacrifican desinteresadamente por un ideal, como si en el mundo de los hechos no intervinieran más factores que números, cálculos y ganancias.

LAICISMO

Una de las cosas a que preferentemente debemos atender es la enseñanza. No basta que sea obligatoria, como proyecta el gobierno; ha de ser laica y, además, científica; un espejo fiel de la verdad, donde se reflejen los hechos sin falsas aureolas, escuetamente, de modo que impriman en la conciencia del niño una serie ordenada y gradual de conocimientos sólidos, irrefutables como las matemáticas, predisponiéndole a sucesivos estudios con base firme, riguroso método y libertad, sin la que ninguna virtud prospera.

Lo mejor que podemos hacer los anticlericales, los librepensadores, y cuantos desean una patria rediviva, es fundar escuelas laicas. Todo pasará con nosotros menos eso. Es arrojarse la semilla de la verdad en hondos surcos de tierra virgen, para que se conserve y florezca a su tiempo.

El niño es como un libro en blanco, dispuesto a recibir la impresión primera, sea buena ó mala. Si escribe en él un Pestalozzi, tendremos una obra perfecta; si lo emborronea un Astete, será un embrollo ó otra cosa peor.

Hay en Madrid tres escuelas públicas, dichas así por antonomasia, tres edificios fabricados a la moderna, con la debida separación de clases, mucha higiene, buen cuer-

po de profesores y no escaso material de enseñanza. Pero los alumnos pasan el tiempo entre la Historia Sagrada y el Catecismo, describiendo una tangente en los estudios humanos que apenas rozan por orden superior.

En algunas salas donde concurren niños de diez y doce años no hay más adorno ni emblema de instrucción pendiente de las rasas paredes, que unas estampitas representando escenas de Historia Sagrada. Quiero suponer que no se ven pasajes bíblicos de aquella respetable sicalipsis patriarcal puesta en solfa por los cloróforos que nos precedieron; pero, aún así, abochorna la incuria ó la menez de nuestros municipios, consentidores de la predominante ingerencia religiosa en las escuelas del procomún.

Se me ocurrió preguntar á un muchacho, ya tallado, de los que á estos centros acuden, quién había inventado la Imprenta, y me respondió entre ignorante y malicioso: «No me lo han enseñado aún; pero sé que Dios hizo el mundo en seis días y que el séptimo descansó».

¡Lindo caso de sabiduría, casi rayano en la omnisciencia! Ignoraba el pequeño lo que tiene olvidado todo el mundo; pero había penetrado el secreto de la creación mejor que Newton y Laplace. Así se hace de un mono un adivino.

¿Y la generación que avanza, dirigida de esta suerte, ha de salvarnos? Por un impulso revolucionario que la Historia engendra pocas veces, sentimos un sacudimiento interior y un fuego de libertad circulante en nuestras venas, especie de acicate encendido que nos ha hecho correr y derribar al gigante monstruoso con su triple corona.

«Non bis in idem»: el hecho no se repetirá en unas centurias, y debemos, por tanto, transmitir á nuestros hijos ese fuego y ese impulso por los medios racionales que nos señala y el deber nos impone.

Mientras la enseñanza esté en manos de clérigos y salga de la capucha del fraile condensada en tinieblas, oscurecerá la frente de la juventud, robándole el sol que necesita para ilustrarse y vivir conforme á su libre y generosa condición.

Los que vienen á sucedernos en esta sociedad, que tiene hipotecados, á pacto de retro, el pensamiento y la bravura, incapaces de pensar por sí mismos, sufrirán mansamente la coyunda de Roma, y no conseguirán emanciparse, en caso que lo pretendan, sin esfuerzos titánicos, superiores quizás á los realizados por nosotros.

Hay que evitarles las guerras civiles, consecuencia natural de la enseñanza católica en pugna con el sentimiento libre; evitarles la discordia en el hogar, atizada por el cura; y evitarles, sobre todo, la lucha del corazón y la inteligencia, que estalla cuando la fe vacila y el raciocinio se fortalece.

Creemos haber salido de la sombra donde España dormitó por espacio de algunos siglos... No; estamos en la penumbra, y hay que dar otro paso hacia la luz. La luz que dijo Víctor Hugo: la que enciende el maestro de escuela y apaga el cura.

ARGOS

ANDANDO POR MADRID

El alcalde ha presentado una moción al Ayuntamiento para reformar el art. 81 de las Ordenanzas Municipales, relativo á la circulación de carros de transporte.

¡Pobres carreteros! Ya os veo culpables del mal estado de los pavimentos.

Por vosotros están intransitables todas las calles; con vuestros carros de llanta estrecha todo lo estropeáis; es preciso aumentar el canon que pagáis para resarcir en parte al Municipio de los gastos que le obligáis á hacer en conservación.

No tenéis ayuda ni instrucción y pagaréis multas por culpas ajenas.

Pero hoy no estáis solos; vamos á salir en vuestra ayuda. ¡Me agrada tanto ayudar á los débiles! (Débiles ante la autoridad del primer Alcalde, protector desinteresado de las compañías de tranvías).

En primer lugar, podemos hacer una afirmación, y es, que las calles en que no hay tranvía, están en mejor estado, aun teniendo un tráfico igual.

Subid por la calle de Atocha desde la estación del Mediodía, y observaréis en la proximidad de los carriles grandes baches que imposibilitan la circulación; continuad por ella desde la plaza de Antón Martín, y veréis el asfalto en peor condición que un camino de pueblo, siempre, claro es, al lado de los carriles.

Pero seguid los carros que salen de la estación del Mediodía, y veréis que unos suben por Santa Isabel y otros por Atocha, y que al llegar á Antón Martín la mayor parte continúan por la calle de la Magdalena, es decir, que el movimiento de carros se acumula en ésta, y a pesar de ello, su pavimento está bueno como lo está en la de Santa Isabel.

No son, por tanto, los carros los culpables. Hecha esta observación, leed las sesiones del Ayuntamiento en que se hizo la concesión de tranvías, y veréis que ya se pensó en este inconveniente, leed después los artículos de la concesión, y veréis que para prevenir este mayor desgaste en la proximidad de las vías, hay un artículo, vigente hoy, que obliga á las Compañías de tranvías á conservar el pavimento de las calles en todo

el espacio comprendido entre carriles, y 50 centímetros más á cada lado. ¡Que es precisamente lo que está malo en todo Madrid!

De nada sirven las protestas de los que van en coche y de los alquiladores de carruajes por roturas de ballestas, ejes, ruedas y gomas.

De nada sirven las protestas de los peatones, que todos los días son manchados por las salpicaduras de barro producido por lluvias ó riegos; barro mezclado en la mayor parte de los casos con grasa de la que untan en las curvas y cambios y que luego los limpia-vías se encargan de extender, cuando no la echan en los baches.

Siguen las Compañías en su tranquila pavididad sin que nadie (1) les obligue á cumplir el contrato.

Para tranquilidad del vecindario debemos decir, que existe en el Ayuntamiento una Dirección de vías públicas, con un concejal delegado y numeroso personal; que hay también galoneados inspectores de tranvías, vigilantes, á los que el gran alcalde que nos rige ha quitado el uniforme para que, vestidos de paisanos, se confundan con el público y hagan como que no oyen sus justas quejas.

¡Ah!, también debemos decir, que las compañías dan pases gratuito á todos los concejales, á muchos de los altos empleados y á otros no tan altos. Gozan también de pase muchos periodistas. Permiten la circulación sin pase á todas las autoridades, guardias, orden público, policía etc., y... lo que es natural, el que viaja gratis no puede fijarse en esas pequeñeces del pavimento. ¡Como él va sobre carriles no percibe estas desigualdades!

Retrato al vivo

El párroco de Inés (Soria) tiene una huerta aneja á su casa, y se las arregla para que se la cultive un jornalero por poco más de la comida.

Encargó una vez á un vecino, el tío Felipe, que le buscara un criado que fuera muy trabajador, y sobre todo, que comiera poco; (su manía es la sobriedad... agena).

El primer día que fué á la huerta el que le buscó el tío Felipe, ordenó el cura á su criada que le diese un par de huevos fritos antes de trabajar y se los sirviese con un pan de dos libras, para ver cómo andaba de diente.

Hízolo así la muchacha, y al ver que mucho antes de engullirse medio huevo ya no tenía pan, corrió hacia su amo, se lo dijo, y ¡ca... racoles! exclamó iracundo el cura; el tío Felipe me ha engañado; dale otro pan y que trabaje hoy; á la noche lo despediré.

Al poco rato volvió la chica diciendo: «Señor cura; no ha concluido los huevos, y ya ha acabado el pan.» ¡Pu... ñales! ¡Si pillaré aquí al tío Felipe!... ¿Y qué hago? ¡Lo voy á despedir sin que haga nada, después de haberse comido una tahona? Dale otro pan, mujer, dale otro, y así reviente.

Terminaba el mozo de comerse el tercero, cuando se le acercó el cura.

—¿Que tal, hombre, que tal? Parece que hay ganillas...

—No muchas, señor cura; como he tenido esas calenturillas hace poco... Ya verá usted, ya verá usted dentro de unos días... Yo necesito mucho pienso... soy de mucho comer...

—Pero no en mi casa... ¡peinetá! Ahora mismo tomas el portante... Te regalo el almuerzo... ¡A escape! ¡A escape!

—Déjeme usted siquiera hasta la tarde, después que coma...

—¡Comer aquí otra vez! Si no te vas ahora mismo, te pego un tiro... ¡Tres panes con dos huevos! Si estás tú con nuestro Señor el día del pan y los peces, no resulta el milagro.

Y al par que el mozo se alejaba, el cura salió corriendo para la casa del tío Felipe, murmurando con rabia reconcentrada: ¡Como lo encuentre, lo deshago!

Ignoro si encontró en casa al tío Felipe, mas supongo que no, al ver que las autoridades de Inés no han intervenido estos días en ningún atropello. Lo que sí afirmo es que el hecho retrata al vivo á los curas rurales, y que me ha hecho muchísima gracia.

Cita histórica

Si volviesen los tiempos que ensalza la Buena Prensa, harían con nosotros los redactores de sotana lo que hacían en la época de Luis XIV sus coetáneos con los herejes.

Véase esta narración de César Cantú, historiador católico, pero de la Mala Prensa:

«Al galeote protestante se le tendía desnudo sobre el potro; dos ó cuatro hombres le tenían los pies y las manos, mientras el turco más fornido de la galera le azotaba con todas sus fuerzas con una cuerda untada de alquitrán y empapada en agua del mar. El cuerpo brincaba á la violencia de los golpes, la carne se desgarraba, y la espalda quedaba convertida en una llaga, que lavaban con sal y vinagre. Pocos galeotes

(1) Hasta la fecha no sabemos que se haya entablado por ningún carretero ó cochero insolente demanda judicial contra las Compañías pidiendo indemnización por averías causadas á su coche ó carro.

protestantes, entre los 1.600, cuya lista tengo presente, y que perseveraron en su religión negándose á quitarse la gorra durante la misa y cuando alzaban, dejaron de experimentar este horrible suplicio; podría nombrar muchos que le resistieron cuatro veces en poco tiempo, y cada vez les daban hasta 120 latigazos; y los levantaban del potro moribundos y los conducían al hospital para que recuperasen las fuerzas exhaustas que eran de nuevo destruidas por otra paliza.

Entre los sacerdotes más inhumanos, se cita á Francisco Langlade, de Chaila, prior de Laval, inspector de las misiones del Gervasio, y arcipreste de las Cevenas, que hacía mas horribles los suplicios de los desgraciados prisioneros; ya les arrancaba los pelos, ya les ponía en las manos carbones ardiendo, ya les envolvía los dedos en algodón mojado en aceite y le prendía fuego hasta que los huesos quedaban descarnados.

Exactamente igual que en la guerra carlista. El mundo ha progresado, pero los católicos no. Son como los judíos, que se transmiten de generación en generación los signos y los odios de raza: ojo por ojo, diente por diente, los hijos pagarán las culpas de sus padres; y al que no se quite la gorra cuando pase una procesión, sacadle los hígados.

¡No pueden, pero si pudieran...!

Mendigos plumíferos

A la izquierda de la puerta de entrada de la iglesia de San Antonio en Mazarrón, hay un gran cepillo en el que se lee en letras grandes: BUZÓN de la Buena Prensa.

No pueden ir los periodistas clericales más allí en rebajamiento profesional. Al lado de los cepillos, *Por las ánimas benditas, Para el pan de San Antonio, Para las atenciones del culto...* ¡el suyo!

De todo esto tiene la culpa el obispo de Jaca, por haber dicho en el Senado: *La prensa es un sacerdocio*. Como la cualidad distintiva en todo sacerdote es pedir, se habrán dicho esos periodistas: «Pongamos los cepillos.»

Lo más triste aquí será esto: si el cura de la iglesia en que cologen uno es carlista, enviará lo que produzca á *El Correo Español*, si integrista á *El Siglo Futuro*, y si mestizo á *El Universo*.

Aunque también pudiera darse el caso de que fuese un cura imparcial, enemigo de despertar emulaciones metálicas, y se quedara con el total rebañado. Que de menos nos hizo Dios.

En vista de esto de los cepillos, reitero mi proposición de echar á los clericales de la Asociación de la Prensa. Por poco que saquen, ya sacarán para médico y botica. Además, no es muy agradable convivir con mendigos de profesión. La pobreza, pase; ¡pero la mendicidad!

La mentira religiosa

De San Vicente de Alcántara, el importante pueblo de la provincia de Badajoz que figura en España á la cabeza de los emancipados de la Iglesia católica, el que celebra muchos años entierros civiles que eclesiásticos, me dicen unos ilustrados amigos:

«Será un acontecimiento, no nos cabe duda, pero no tibia, mansurón, fracasado, como el tan cacareado y temido de *La Nube*, sino un acontecimiento teatral de verdadera resonancia, de entusiástica y fervorosa polémica, el estreno de la comedia dramática, en tres actos y una visión mímica final, que lleva por título *La mentira religiosa*».

Los que conocemos esta valiente y revolucionaria obra por la reciente lectura que su autor nos ha dado de ella en reunión íntima, obra dedicada al comandante Dreyfus, desventurada víctima de la más infame de las intrigas religiosas del siglo XIX; deseamos vivamente que ese estreno se verifique cuanto antes, para que la hermosa voz de la verdad, de la verdad desnuda, bravía, ardiente, resuene poderosa una vez siquiera en el proscenio español, hundiendo, derrumbando en medio del estrepitoso clamoreo de las muchedumbres entusiasmadas, cuanto de fabuloso, viejo, inútil, disparatado y ofensivo á la dignidad humana perdura á través de los siglos.

Es *La mentira religiosa* obra de propaganda radicalísima. Los actos primero y segundo, de correcta factura literaria, interesan, emocionan en *crepusculo*, y el tercero, el mejor de la obra, es un canto valiente y vigoroso á la libertad, al progreso, al sentido común, á la emancipación de la conciencia humana. En él se combate abiertamente, rudamente, á las religiones positivas, especialmente á la católica. Excusado es decir que los jesuitas salen vapuleados en toda regla. El autor condena en el transcurso de la obra el duelo, la usura, el fanatismo, la ignorancia, sostenida por conveniencia de la Iglesia romana, la oratoria política al uso, el comercio descarado é inmoral de la fe, la tartufe-ria ambiente, el desbarajuste que reina en la enseñanza.

El protagonista, Luis Anglada, es la pri-

mera figura artística de España, escultor de renombre universal por sus obras revolucionarias, que han obtenido medalla de honor en las principales Exposiciones europeas. Educado artísticamente en Roma, abre se paso en seguida por su talento y sus bondades; es el Tolstoi de la escultura; nació entre mineros, hijo de mineros, y su corazón latió desde la cuna entre el trabajo y la fuerza.

El autor de *La mentira religiosa* no es ningún desconocido, aunque hállese desde hace años retirado de la vida activa de las letras. Hijo de la Coruña, esa valiente capital honra del republicanismo español, trabajó allí mucho en la prensa, en *La Voz de Galicia* sobre todo, contribuyendo grandemente al establecimiento del periodismo moderno en Galicia. Es, además, poeta laureado.

Pero ¿quién será el empresario que, en estos momentos por que atravesamos, se atreva á cargar con la obra en cuestión?... ¿Quién el guapo que se decida á arrostrar las iras de los clericales, las maldiciones, excomuniones, etc., que lloverán sobre los que pongan sus manos en esa masa herética que se llama *La mentira religiosa*? ¿Podría serlo Ceferino Palencia?... ¡Quién sabe! El autor de la obra piensa, por lo menos, intentarlo, según nos ha manifestado.

Sería un verdadero acontecimiento anticlerical, un golpe mortal dado á la reacción en los momentos más culminantes.

Todos los buenos republicanos y los buenos librepensadores debemos interesarnos por el estreno de esa obra. Es un ariete formidable.

He publicado lo anterior por complacer á mis queridos amigos de San Vicente, no por creer que influya para nada en la representación de la obra.

¡Cualquier empresario de los de hoy se atreva á poner en escena una obra así! Necesitaría para ello estar en posesión de la gran Cruz de la Orden del Buen Sentido, que sólo se concede una vez cada siglo.

Ahora, si por inesperado azar variasen las tornas de la noche á la mañana, vería el autor de la *Mentira religiosa* llegar á docenas los empresarios á su casa, y demandarle la obra de rodillas.

Pasaron aquellos tiempos en que se arriesgaba todo por la libertad, y sería injusto pretender que los empresarios de teatro fuesen una excepción.

Sólo habría un medio de ver esa obra en escena: que los librepensadores reuniesen dinero para alquilar un teatro durante un mes y soltarla allí. La suprimirían al día siguiente, pero el golpe se habría dado.

De otra manera lo considero improbable.

El modernismo y el Papa

Francamente, estoy rabiando por ver esa nueva encíclica que ha dado el Papa condenando el modernismo. Y me apresuro á declarar que no es porque tema verme incluido en la condenación, sino porque así nos enteraremos de lo que es el demonio ese del modernismo.

Claro es que para condenarlo ha tenido que definirlo, porque nadie condena una cosa que no entiende.

Ahora vamos, pues, á saber qué es eso, con qué se come, qué substancia tiene.

Hasta ahora entendíamos por modernismo el que los jóvenes se peinaran con unas greñas que les caían por ambos lados de la cabeza como pabellones de altar. Supongo que S. S. no se habrá metido con ese ramo del modernismo.

Arte modernista ó *nouveau* se llamaba á esas figuras de mujeres que no se acaban nunca; que empiezan en una mujer y acaban en un espárrago. Esos muebles con líneas curvas inverosímiles. Esos edificios cuyas ventanas son anchas por abajo y estrechas por arriba, ó viceversa. A una porción de extravagancias, en fin, que maldito lo que tienen que ver con la fe cristiana.

Lo verdaderamente típico del modernismo, lo esencial y condición *sine qua non*, eran los crisantemos y crisantemas, que esta es la hora en que no sabemos cómo se llaman esas flores.

Quien dice modernismo, dice crisantemos. ¿Serán, pues, los crisantemos los heréticos y vitandós? Averigüelo Vargas.

**

Una idea luminosa.

¿Cuánto apostamos á que el modernismo condenado por el Papa es el de los periódicos católicos?

Puede ser que en el Vaticano no guste el procedimiento crisantemo de que las publicaciones que se llaman católicas sean las que digan más herejías, las que más falten á la caridad cristiana, la que más calumnien é insulten y las que más atento tengan el ojo á la peseta.

Si este es el modernismo anatematizado en Roma, va á obtener esa encíclica más aplausos que la Tetrazzini.

Pero no, la cosa no debe ir por ahí. Debe ir contra esos versos cuya medida es más di-

fácil de encontrar que las fuentes del Nilo. Los que dicen:

«Estaba la bella Florinda sentada a orillas de un lago en una mecedora haciéndose aire con un abanico de frescas plumas, ¡ah traidora!

No les estaría mal á estos poetas una excomuniación que los partiera. A ver si con eso escarmentaban.

De lo que estoy seguro es de que el Papa no ha condenado ni condenará nunca el que, según los cánones modernistas, los discursos sean cortos y amenos, las novelas interesantes y con filosofía, los dramas reales y verosímiles, sin espadas ni muertos en abundancia ni hermanos en Flandes que se presenten de improviso.

Tampoco ha condenado, seguramente, el que los compositores sigan las huellas del divino Wagner y no compongan ya caballos ni rondos de bravura; ni el que los pintores, con dos rasgos bien tomados del natural, nos encanten más que todos los clásicos con sus municiones empalagosas.

De todas maneras, no se ha de pasar ningún cuarto de luna sin que leamos el original de la enciclopedia y sepamos á qué atenernos.

X. X. X.

GRACIAS, AMIGOS

El domingo por la noche recibí el telegrama siguiente:

Barcelona, 29,

José Nakens.

Reunidos restaurant Moritz, celebramos dos memorables salidas: la de usted de la cárcel y la de EL MOTIN á la calle. Le están esperando.

Ronda, Rufiandis, Vilalta (Rafael), Fusté, Bonet, Doménech, Vilalta (Pedro), Solé, Delgado, Galito.

Gracias, queridos amigos. Recuerdos míos á todos aquellos que lo sean de ustedes y de el primero que vaya á la cárcel les dé en mi nombre un apretón de manos á Borjas y Santamaría.

Tres eran tres

CONTRA LARGUEZA... AVARICIA

Un fulano Cucarella, de oficio cura, viene desde hace tiempo dando materia á la prensa para ocuparse de él diariamente, en competencia con los tribunales, que también se inmiscuyen casi á diario en sus asuntos.

Escándalos producidos por sus hazañas bancarias, más ó menos mitológicas, en Valencia, Alicante, Barcelona, Aragón, Canarias; acusaciones de estafa por señoras y caballeros; reclamaciones de cantidades por personas de distintas clases y condiciones, en fin, todo un caballero presbitero que parece haberse propuesto sustituir la frase: «mi reino no es de este mundo», por la de: «todo lo que hay en este mundo es mío».

Cristo no tenía ni una piedra donde reclinar su cabeza; este representante suyo aspira por lo visto á que todos los españoles con quienes tropieza les pase lo que á Cristo.

Parece que uno de esos Bancos fundados por él fué bendecido por el Papa. Menos mal para los que impusieron su dinero en él; no volverán á echarle la vista encima, pero han aprendido en cambio que no siempre el pabellón cubre la mercancía. Y el saber no ocupa lugar.

Comprendo cómo estarán de apenados los periódicos buenos con este ejemplar de la clase sacerdotal tan parecido á la mayoría, aunque con más agallas para el desarrollo de sus planes.

Afortunadamente este otro que les ofrezco los consolará algún tanto, pues confirma el dicho vulgar de que hay de todo en la viña del Señor.

CONTRA CASTIDAD, LUJURIA

Dos niñas pasean por el Parque de Barcelona. Tienen ocho y diez años respectivamente y son muy lindas.

Se detienen frente al departamento del elefante, y suben á la valla para verle mejor. —¿No tenéis nada que darle?—oyen decir al lado.—Vuelven la cara, y ven otro paquidermo, vulgo un cura.

Amable y galante, compra un panecillo y se lo entrega á las niñas, para que regalen á su congénere. La fraternidad no es una palabra vana.

—¿Sabéis doctrina?—les pregunta luego, mirándolas con ojos escandalizados, ojos de cura en estado de... ¡Dios nos libre!—¿Cómo se llama vuestro padre?—¿Tenéis alguna hermana mayor?

Entre las respuestas de las niñas, horrorizó al celoso ministro del Señor la de que no estaban muy fuertes en doctrina.

—¿Cómo! ¿No habéis tenido trato espiritual con Dios? Pues es preciso que lo tengáis, para honrar á vuestros padres. Venid conmigo, que voy á repasarosla.

Lo siguieron confiadas las niñas, y atravesando la Plaza de Armas se dirigieron al monte del Gurugú, y en uno de los escondi-

tes que hay al subir la cumbre, comenzó el cura á manipular puntos de moral.

Acusado del delito de abusos deshonestos fué llevado más tarde Ramón Orta, fervoroso inculcador de doctrinas santas, al cuartelillo de municipales del Borne y después al Palacio de Justicia.

¡Oh niñas inocentes que os solazáis mirando al paquidermo del Parque en Barcelona! No escuchéis á esas sucias y negras sirenas apodadas parroquidermos o cleripopotamos, cuando quieran atraeros á los escondites del Gurugú. El voto de castidad es el mayor enemigo de la pureza.

Y vosotros, escribidores de la Buena Prensa; entonad un cántico de alabanza á ese ministro del Señor que quiso resucitar tiempos bíblicos, convirtiendo un modesto agujero en alcoba nupcial, á estilo del patriarca Lot, aquel bienaventurado que también las buscaba á pares. Y si tenéis hijas de diez á doce años, mandadlas á que vayan á solazarse mirando el elefante en las horas que un cura, más ó menos Ramón, ó más ó menos Orta, frecuente los lugares aquellos.

Y á poco que se desuide en llegar la policía, seréis abuelos.

Y vamos ahora con el tercer ejemplar de la semana, tan selecto en su clase como los dos anteriores.

CONTRA TEMPLANZA IRA

Por razones que ignoro, el coadjutor de Cúllar de Baza, D. José Vera González, aplicó airado el sacramento de la confirmación á un vecino, el día 23 del pasado.

Al anochecer del día 24, Sandalio López, pariente del confirmado, encontró en la plaza de Alfonso XII al manso y humilde ministro del Señor, y se permitió censurarle lo que había hecho; y entonces el cura echó santamente mano á un hisopo de seis tiros y disparó contra él.

Santiago, hermano de Sandalio, trató de interponerse para evitar la agresión, olvidándose de lo que es capaz un cura cuando empuña un revolver, y recibió un balazo que le hizo caer al suelo.

Luego de realizadas aquellas dos obras de caridad, el cura se refugió en la fonda donde se hospedaba, siguiéndole la multitud con el caritativo propósito de lyncharle, no consiguiéndolo gracias á la llegada del alcalde y del juez municipal.

Al reconocer los médicos á Sandalio, vieron que tenía atravesados los pulmones, y tan bien atravesados, que murió á la mañana siguiente.

A Santiago le entró la bala por el pecho salíendole por la clavícula. Continúa de mucha gravedad.

El muerto deja ocho de familia, los mismos que tiene el moribundo.

La Buena Prensa, por modestia sin duda, ha callado ante este muestrario de virtudes cristianas; curas que asesinan, curas que violan, curas que no reparan en medios para adquirir dinero... No ha querido aprovechar tan hermosa ocasión para convencernos de que la religión es el único freno que contiene las pasiones.

Vengan, pues, artículos encomiásticos del sacerdote humilde, prudente, que pone la otra mejilla, que perdona, que ama, que vive desligado de los miserables bienes terrenales, que es manso, caritativo, casto; vengan, que ahora producirán más efecto que nunca, avalorados por esos tres santos ejemplos.

Hay que elogiar al cura que lo merezca, á fin de despertar en todos virtuosas emulaciones; hay que pensar en que tarde ó temprano habrán de echarse al campo á defender la religión, y conviene tener muchos Cucarellas para encargarse de la recaudación de impuestos, muchos Vera González para mandar liberales á los infiernos, y muchos Orras para cubrir las bajas en el censo de población.

En la paz es cuando conviene prepararse para la guerra.

DESDE GRANJA DE TORREHERMOSA

Sr. D. José Nakens.

No hace mucho llegó á este pueblo un coadjutor apellidado Trigueros, con tal furor propagandista, que, echando pestes de La Mala Prensa y de los que la leen, quiere empapelar á todo el pueblo con El Correo Español y con libritos carcas.

Y un día se mete donde no le llaman y hace leer El Correo Español hasta al burro de la casa, que aunque no sabe pronunciar, sabe leer en él; otro le dice á algunos que, puesto que son cristianos, tienen que ir los domingos á misa y presentarse á él en la sacristía para que los vea; otro rompe tarjetas postales en una casa, como si á ella fuera á dar una lección de moral; y otro, como el sábado anterior, se presenta en la escuela pública, y no consiguiendo del maestro que llevara á misa á los niños, les dirige una arenga, amenazándoles con el infierno si no iban. (Hay que advertir que el maestro le dijo sólo que no los obligaba á que fueran)...

Pero ¿qué es esto, señor cura párroco? ¿Cómo, siendo un mundólogo tan ladino, se ha dejado colar esa pildora, que viene á apropiarse de sus deberes y á enmendarle la plana en todo? ¿No es eso darle á usted un bofetón moral, es decir, hacer confesión implícita de que usted y su sobrino no han

hecho en el pueblo nada positivo y sí mucho negativo? ¿No es eso decirles que son unos dioses de palo, que nada útil hacen? ¿No temen ustedes que ese venga á echarlos á la calle, como cosa inútil?

Pero no teman ustedes, que ese lleva camino de pedante, y ustedes seguirán regodeándose en el pueblo, siendo los amos del tinglado parroquial. Sus papeles de propaganda sirviendo están para necesidades escusadas, y en cambio EL MOTIN y Las Dominicales son leídos con avidez y guardados cual oro en paño. No teman ustedes, que ese es de los suyos y no se dirigirá, como Jesucristo, á salvar á los pecadores, á andar entre los desgraciados, á codearse con los blasfemos, herejes é incrédulos. Eso de convencer á fanáticos, andar entre ricos y salvar á beatas, eso no lo mandó Jesucristo. Hay que persuadir al pecador; comer con el que llama ustedes hereje y blasfemo, dormir con el harapiento y conover al malvado. Eso hacía Jesucristo: «cuando conversaba con los pecadores—dice nuestro paisano Donoso Cortés—lo hacía con tanto amor, que las lágrimas se cuajaban en sus ojos.» Pero ustedes no lo harán, porque no comprenden la doctrina de Jesucristo.

Ya le seguiré á usted, Sr. Nakens, hablando de los curas de este pueblo, pues hay tela larga donde cortar.

Suyo afectísimo atento servidor,

PATETA

El bisturi devoto

La Real Academia de Medicina asistió hace días en corporación á las exequias celebradas en la iglesia de la Virgen de la Presentación (Niñas de Leganés), por el eterno descanso de los académicos fallecidos, de los profesores de Ciencias médicas que honraron á España con sus escritos y con su práctica, y de los bienhechores de la Corporación.

Cuando al final de este siglo se hable del rebajamiento en que había caído España á sus comienzos, esta nota será la que más choque á nuestros descendientes:

«¡Hasta los médicos aparentaban que creían en otra vida, llegando la Real Academia de Medicina á pagar sin sonrojarse exequias por el eterno descanso de los socios fallecidos, á pesar de constarle que no habían logrado encontrar el alma humana con el escalpelo!»

Y los que lean entonces esto, sonreirán desdeñosamente.

EJEMPLO QUE IMITAR

Dom Calamai—¡vaya un nombrecito!—párroco de San Nicolás de Agliano, cerca de Pistoja, decía su misa dominical, cuando en una de las vueltas que ordena el ritual atisbó á cierta Soffia, viuda de Magni.

Se encará con ella, y usando frases poco parlamentarias, le ordenó que dejara el templo porque era indigna de estar en él.

Obedeció la viuda, y cuando concluyó la misa entró en la sacristía y pidió explicaciones de su conducta á Dom Calamai. No las dió, y la viuda arremetió contra él, atizándole una buena mano de tortas.

Por la tarde, el hijo de la expulsada del templo encontró en la calle á Dom Calamai y también arremetió contra él á coces y á puñaladas.

Y por último la viuda le ha llevado á los tribunales.

¡Oh presbíteros españoles, que acostumbraís á imitar á ese italiano! Guardaos de hacerlo en adelante, no sea que os provean de leña para todo este invierno. La prudencia y la tolerancia nunca huelgan en la casa de Dios.

Manejo de flores místicas

Lamentándose hace pocos días un jesuita en Bilbao de la poca asiduidad con que los fieles asistían á comulgar, dijo desde el púlpito:

«No os fiéis de esos que comulgan una vez al año, porque esos, en vez de ángeles son... dañinos.»

Si los que comulgan una vez al año son malos, ¿cómo no serán, ¡cielos piadosos! los que confiesan y comulgan semanalmente? Cuando ellos sienten la necesidad de desahollarse tan á menudo la conciencia ¿cómo no la tendrán de sucia?

Huyamos de ellos, no vayan á contaminarnos; el microbio de la inmoralidad se transmite con más rapidez que el de la peste bubónica.

Se reunieron varios católicos importantes en Benavente para cotizar en favor de la Buena Prensa, y reunieron entre todos 75 céntimos. Algunos curas dijeron que los tenían sacrificados con las suscripciones de los periódicos.

Que le hubieran pedido á cada cura de esos cinco duros para comprar cartuchos, y los roba si no los tiene. ¿Pero dar una peseta para un periódico?

Están todos en el secreto, y saben que los periodistas que hablan de religión son tan farsantes como ellos. Y la caridad católica bien ordenada empieza por uno mismo.

Contó La Defensa, de Montmedy (Francia) que cierto cura había sido sorprendido en cierta sacristía con cierta señorita, etc., etc. Y 369 curas cayeron sobre el periódico querellándose contra él.

El tribunal le ha absuelto, pero los 369 han apelado.

De manera que había 369 que se creían con derecho á darse por aludidos en lo de solazarse con señoritas en la sacristía.

¡Ah conciencia, conciencia! No eres una palabra vana, ni aun entre los curas.

¡EMBUSTERILLOS!

Es muy común oír esto á los carlistas:

«El día que nuestro rey lo disponga, doscientos mil hombres se echarán al campo á defender sus derechos.»

¡Los derechos del Chapa! ¡Buenos derechos te dé Dios! Para uno que vaya honradamente con ese propósito, habrá ciento que se alcen con el de alzarse con lo que puedan. Es la tradición en ese partido.

Pero no es esto lo que yo quería decir ahora, sino que entre esos 200.000 héroes futuros del asesinato y del incendio, sólo se encuentran 11 ó 12.000 que se atrevan á leer hoy el órgano de su Señor.

Verdad es que se necesita para eso más valor que para lo otro ¡tales sandeces escribel, y que además hay alguna diferencia entre pagar cinco céntimos diarios ó apropiarse en tres minutos 1^{ra}, 100 ó 1.000 duros al santo grito de: ¡viva la religión!

Correspondencia particular

Burgos.—L. G.—Han pasado muchos años desde que ocurrió lo que me indica. Por eso no lo publico.

Mazarrón.—J. R.—Es raro, efectivamente, que los curas de esa población nieguen sus servicios á los suicidas pobres y se los concedan á los ricos, porque... en todas partes hacen lo mismo. El pecado de pobreza es el único para el cual no hay remisión. Y, en suma, lo mismo da. Ni los suicidas pobres vuelven á la vida, ni los ricos tampoco. Y en cuanto á la vida de allá, sólo sabemos lo siguiente: que lo pasan admirablemente en ésta los encargados de proporcionárnosla.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores.

DE TRES PESETAS

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías, por José Nakens.

DE DOS

La religión al alcance de todos, por Ibarreta. (Encuadrada en tela, dos pesetas.)

DE UNA

Las ruinas de Palmira, por Volney.

DE 25 CÉNTIMOS, Á 15, PARA LOS SUSCRIPTORES

Herejes y herejías.—Cómo se fabrican dioses por Ingersol.

Con el 75 por 100 de rebaja.

DE CINCO PESETAS, Á 1,25

La Iglesia y la moral.—Moral jesuítica.

DE TRES, Á 0,75

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS, Á 0,50

Testamento del cura Juan Meslier, precedido de cartas de Voltaire y D'Alembert.—La religión natural, por idem.—El compadre Mateo, por Pigault Lebrun.—Lo que no debe decirse.—Puntos negros.—Garrotazo limpio, por José Nakens.—Gente nueva, por Luis París.

DE UNA, Á 0,25

La serpiente negra, por Gabriel Merino.—La sima de Igúzquiza, por Alejandro Sawa.—El voto de castidad, por Segovia Rocaberti.—Tigre tonsurado.—El dios Baco.—La sostenido, por Alfonso Karr.—Dios, patria y rey.—Y dice el sexto mandamiento.—Ojo al Cristo (obras teatrales de Nakens).

DE 60 CÉNTIMOS, Á 25

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Rícher.

DE 15 CÉNTIMOS, Á 10

APOSTOLADO DE LA VERDAD

Juana la papisa.—Mónita secreta de los jesuitas.—La mendicidad y la Iglesia.—Máximas pornográficas de los jesuitas.—Cartas de Tayllerand al Papa Pío VII.—Curas y amas.—Beatos y beatas.—Gracias de curas.—Poemas místicos.—Conversación interesante entre un cura y un brigadier carlista.—Célebre conferencia de León Taxil.—Cristo en el Vaticano.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

Colección de 45 folletos, á 10 céntimos uno. Se envía franqueada y certificada á provincias por 4 pesetas.

Imp. de T. Rey. Alberto Aguilera, 8